

1

A toda prisa, Freya se quitó lo que llevaba puesto y se quedó de pie en ropa interior, contemplando su reflejo. Quería tener el mejor aspecto para Michael aquella noche. No había tenido tiempo de ir a casa a cambiarse y no le quedaba más remedio que arreglárselas en el estrecho servicio de señoras que estaba en la planta de abajo de la oficina, con aquella luz despiadada y el típico olor a humedad de los sótanos. El vestido nuevo colgaba de la puerta del cubículo; no era el clásico negro ni tampoco uno a lo vampiresa de piel de leopardo, sino un elegante vestido de mil dólares, de un tono rosa claro y resplandecientes destellos gracias a unos adornos geométricos de cuentas opalescentes; un atuendo de cienista, elegido para darle un aspecto femenino y delicado como el de una muñeca de porcelana. Esa era la imagen que quería conseguir, menos *femme fatale*, más... sencillamente *femme*.

«¿Por qué no vamos a algún sitio especial?», le había propuesto Michael mientras desayunaban el lunes por la mañana, «algún sitio donde podamos hablar». De inmediato, una batería de preguntas asaetearon la mente de Freya: hablar ¿de qué?, ¿por qué no podían hacerlo en el apartamento? Prefirió no preguntar y optó por irse de compras.

Sin embargo, durante toda la semana las palabras de Michael no dejaron de martillarla, como una bomba de relojería instalada en la boca del estómago. ¿Había llegado el mo-

mento? ¿Por fin estaba a punto de convertirse en *Señora de*, podría refunfunar sobre la situación de los colegios y el estado del césped de su urbanización?

Con cierto temblor en la mano, abrió el grifo y se mojó las mejillas con agua fría. Ahora tocaba la fase de embadurnarse con la pintura de guerra. Empezó a maquillarse: lápiz perfilador para oscurecer las pálidas cejas; un poco de rímel para centrar en foco el casi transparente azul de sus ojos. ¿Qué barra de labios? Obviamente, el Geisha Carmesí estaba pasado de moda, y lo mismo podía decirse del Inocente Vestal, reliquia de una aventurilla con un artista que la dejó por una de diecisiete. Aaajá: Rubor de Beso; ese sí era adecuado. Se lo extendió con soltura sobre los labios y forzó una sonrisa para comprobar con satisfacción el perfecto contraste del blanco de los dientes entre el rojo. «Yo uso hilo dental, tú usas hilo dental, y que Dios bendiga a la industria dental norteamericana.»

¿Y si no era lo que ella estaba pensando? Quizá Michael sólo quería hablar del nuevo recibo de la comunidad o ultimar los detalles de su viaje a Inglaterra. Freyaladeó la cabeza para colocarse un pendiente mientras sopesaba esa posibilidad. La descartó. Michael era abogado, y además hombre. Seguir costumbres fijas era su segunda piel. Todos los años se compraba los trajes en las rebajas de enero; siempre dos, siempre Armani, bien en azul marino o en gris marengo. Llamaba a su madre todos los domingos a última hora de la tarde (así conseguía salvar la diferencia horaria con Minneapolis); tenía su ataque anual de alergia el 2 de febrero, coincidiendo con el Día de la Marmota, y sus propinas eran siempre el diez por ciento justo del importe de la cuenta. Nada en Michael era impredecible, gracias a Dios. Si quería «hablar», era porque tenía algo importante que decirle.

Manteniendo con dificultad el equilibrio a lo flamenco, primero sobre una pierna y luego sobre la otra, Freya consiguió subirse las medias hasta arriba, para introducirse después con sumo cuidado en el precioso vestido rosa y ajustárselo al cuerpo, temblando al sedoso contacto de aquella opulencia. Subió con perfecta soltura una oculta cremallera lateral que vino a ceñirle sus reducidos pechos y, por obra de un milagro, a crearle un discreto escote. Encajó los pies en unos zapatos planos y exhaló un ligerísimo suspiro por aquellas sandalias con diez centímetros de tacón que había visto en unos almacenes de la Quinta Avenida. Qué lástima que Michael no fuera más alto, pero se llamó al orden a sí misma recordándose que las relaciones satisfactorias se fundaban en el compromiso.

Unos retoques, una ráfaga de perfume y ya estaba lista. ¿Tenía el aspecto adecuado para su papel? Freya se descubrió la mente desbordada de palabras con las que nunca se había identificado: *prometida, pedida, luna de miel, señor y señora... papá y mamá*. Se sujetó al lavabo con las dos manos y se observó de cerca: una cara afilada y estrecha, una piel tan pálida como la mantequilla, unas clavículas en las que se podía estampar un tatuaje, piernas y brazos largos —¿demasiado largos?—. Era tan alta como muchos hombres; en el colegio la llamaban «jirafa». ¿Podía querer alguien de verdad a esa persona para siempre jamás, amén? Se tocó la melena recién cortada (otros cien pavos); tenía un pelo tan claro que casi parecía incoloro con aquella luz. «La bella Freya», solía decirle su madre, dándole el nombre de la bondadosa diosa del helado norte, amada por todos los hombres. Pero eso fue cuando tenía seis años. Imposible saber lo que su madre diría ahora de ella.

Al darse la vuelta de un lado y de otro, valorando aquella inusual imagen de sí misma, Freya se recordó a una de esas

bailarinas que giran mecánicamente sobre una pierna cada vez que alguien abre la caja de música. Intentó también dar un giro completo y no pudo contener la risa al estar a punto de perder el equilibrio porque se le enredaron las piernas. Con aquel movimiento se le descolocó un rizo del pelo y, cuando fue a retirárselo, se quedó mirando el dedo sin anillo en la mano izquierda. Se le puso una expresión de serenidad. Era muy grato sentirse querida, le dijo a su gemela en el espejo. Era maravilloso saberse amada. Ya no tenía veintinueve años. ¿No estaría bien volver a ser «nosotros» después de tantos años de ser «yo»?

Sí. Michael era el hombre apropiado, estaba prácticamente segura.

El restaurante que había elegido él era un sitio nuevo y muy caro en el límite del Village, con unos aires tales de local de elite que Freya pasó por delante dos veces sin ver el diminuto portero automático con el nombre grabado. Apretó el timbre y, de inmediato, abrió la puerta un joven angelical con el pelo muy corto, rubio teñido de bote. Al momento Freya se encontró en una salita de espera decorada conforme a la última directriz de los lugares de diseño, que consistía en hacerle sentir «como en tu propia casa», siempre y cuando uno fuera millonario. Voluptuosos sofás flanqueaban una falsa chimenea, en cuya repisa había urnas de estilo georgiano; sobre mesitas bajas había distribuidos, en artístico desorden, revistas y libros «de verdad», incluso había allí un tablero de ajedrez con una partida aparentemente a medio terminar. Por unos escalones de escasa altura se bajaba al comedor, donde flotaban esencias de todos los perfumes de moda y revoloteaba la charla desinhibida de gente absolutamente acostum-

brada a tener un extraordinario éxito personal. El nombre de aquel restaurante, recordó Freya, era Phood.

Al tiempo que el joven la guiaba por el comedor, Freya fue examinando las mesas abarrotadas de comensales. En uno de los amplios bancos, sentado un poco tieso entre almohadones cilíndricos de color verde lima, estaba Michael. Vestido con un sobrio traje y serio, con el ceño ligeramente fruncido mientras revisaba un documento y sostenía en el aire un bolígrafo —conociendo a Michael, tal vez estaba revisando la lista de las cualidades compatibles de ellos dos—, parecía estar tan fuera de lugar entre todos aquellos dandis cautivadores del mundo de los medios de comunicación y Wall Street que Freya se deshizo en una tierna y burlona sonrisa.

Fue consciente de que él había elegido aquel restaurante para complacerla, y se propuso firmemente guardarse cualquier comentario sarcástico para sí. Sólo quería ser divertida, atenta, encantadora, la perfecta *partenair*. Se tomó su tiempo al bajar los escalones, confiando en que él advirtiera su presencia. Cuando por fin la vio, pareció sorprendido, casi perplejo. Resultaba muy gratificante verle así. Tras guardarse los papeles en un bolsillo lateral de la chaqueta, se levantó de la silla para recibirla con un par de besos en las mejillas.

—Freya, ¡estás preciosa!

—Ya lo sé. —Le puso las manos en los hombros y le miró sonriente a los ojos, después retrocedió unos cuantos pasos para que pudiera admirarla con propiedad—. Soy la nueva yo. Ya sé lo que me vas a decir: que pensabas que había venido al mundo con vaqueros.

—No, no. —La exuberancia de su chica le tenía desconcertado—. Bueno, quiero decir... Tú siempre estás espléndida, —Retiró la mesa para que Freya pudiera sentarse frente a él y volvió a su posición inicial.

Qué adorable aspecto de abogado, con su rostro anguloso de bellas facciones, sus serios ojos marrones y el cabello ondulado bien corto. En Inglaterra iba a causar furor. Se preguntó si Michael habría traído ya el anillo y dónde lo llevaría.

Un camarero les trajo la carta y les sirvió de una botella que se encontraba en una hielera junto a la mesa.

—¿Champán?

—Por supuesto.

Le dirigió una efervescente sonrisa.

—¿Es que celebramos algo?

—Bueno... —balbuceó él, con la mirada tímida—. Es viernes por la noche.

Freya se mordió la lengua. Después de vivir con él cinco meses, sabía perfectamente que la costumbre favorita de Michael los viernes por la noche era llevar a casa alguna exquisita comida preparada, ver un vídeo y retirarse pronto a la cama. Aunque luego solía esforzarse mucho.

Mientras el camarero le llenaba la copa, se sorprendió al comprobar que la botella estaba ya medio vacía. No era propio de Michael beber solo. Debía de estar haciendo acopio de valor.

—¿Y qué tal te ha ido el día? —se oyó preguntar a sí misma. A lo tonto, ya estaba empezando a convertirse en la perfecta amita de casa.

—Bastante bien. El mes que viene habrá una reunión para votar quiénes van a convertirse en socios de la compañía. Fred cree que tengo muchas posibilidades.

—Fred siempre dice lo mismo. —Se metió en la boca un par de pistachos tostados. Al instante, reparó en el gesto de disgusto en los labios de Michael y añadió—: Pero estoy segura de que tienes muchas posibilidades. El rey de los pleitos

por divorcio, ese es mi chico. ¡Eh, mira! —Señaló algo de la carta con la esperanza de distraerle por su última falta de tacto: —*Bolsa de mendigo*, ¡setenta dólares! ¿Qué será? ¿Marcos alemanes derretidos?

—Supongo que algún tipo de hojaldre con caviar dentro. Un poco caro para huevas de pescado, ¿no te parece?

—No, si es beluga. Cuando acompañé a mi padre en San Petersburgo, para que él trabajara en el Hermitage, fuimos a una cena muy especial. Yo debía de tener unos doce años, fue la primera vez que probé el caviar, y no se me ha olvidado, no: una verdadera delicia. Venga, anímate y pídelo.

—El pescado me da alergia, ya lo sabes. Creo que mejor voy a pedir una sopa.

—¡Buena elección! —Él siempre pedía sopa.

Hubo una incómoda pausa. De repente, se sintió artificial, con aquel vestido tan caro en medio de la absurdez chic de aquel restaurante, sonriendo a su hombre que a su vez la sonreía a ella. Era como si estuvieran los dos en una representación y se les acabara de olvidar el papel. Para darle un poco de verismo a la escena, se lanzó a la típica actuación femenina de no saber qué pedir; ¿engordaría mucho tal plato? (era obvio que no, pues nunca llegaría a estar gorda); ¿tendría demasiado ajo? (daba igual, a Michael le encantaba el ajo). De pronto, prorrumpió en exclamaciones por encima del nivel de ruido de la sala: ¿cómo se las había arreglado para reservar mesa? ¿No era superoriginal que hubiera plumas en los jarrones en vez de flores? Michael respondía sin demasiado entusiasmo; se sonó la nariz al tiempo que manifestaba con desgana la posibilidad de que las plumas le dieran alergia. Freya contuvo una pequeña punzada de irritación. Michael siempre había sido tímido; debía dejarle que fuera a su ritmo.

Fue la timidez lo primero que le atrajo de él la noche que lo conoció en la galería. Había ido a la inauguración con su jefe y la espantosa mujer de éste, una de esas consentidas reinas témpano de Manhattan que disfrutaban viéndose a sí mismas como mecenas de las artes los ratos que no estaban ocupadas en que les hicieran la manicura. Se suponía que ella estaba allí para supervisar la marcha del evento, pero apenas tenía energía suficiente para mantenerse en pie. Aún no recuperada del todo de su terrible relación con el maligno de Todd, se sentía tambalear y lánguida. Nadie hablaba con ella. Era consciente de que su persona exudaba amargura y derrota. Desde su estratégica posición en una esquina, con el frío cemento de la pared como respaldo y una copa en la mano como defensa, había estado contemplando los supereducados modales de Michael mientras sus superiores le halagaban y despreciaban alternativamente, le mandaban que fuera a buscar más vino o le encargaban que llevara un abrigo de pieles al ropero. Le impresionó el buen talante de aquel hombre. Le gustó cómo se inclinaba cuidadosamente delante de cada cuadro para leer los títulos y descripciones de las obras, y se alejaba después unos pasos a fin de valorarlos con seriedad y cierto aire de estar perplejo. Tener otra historia de amor era lo último que se le pasaba por la cabeza en aquellos momentos; ella no estaba ya para nada de eso. Pero al ver aquel rostro masculino, franco y carente de cinismo, la idea se cruzó por su mente: «¿Por qué no podría yo enamorarme de un hombre así?»

Después, Michael le confirmó que se había atrevido a dirigirse a ella sólo porque la veía tan perdida y abandonada como se sentía él. En las galerías no se encontraba en su ambiente; no tenía talento para el parloteo social. Y cuando resultó que la hospitalidad de su jefe no incluía la cena, se deci-

dió a invitarla. No se acordaba de lo que había respondido, nada probablemente, pero él le trajo el abrigo, la sacó a la calle en medio de la nieve y la llevó a un restaurante. Le dijo que estaba demasiado delgada y la obligó a pedir un plato de pasta y a beber vino tinto hasta que recuperara el color de las mejillas. No le hizo ninguna pregunta, se limitó a hablarle de su familia y de su trabajo; una conversación suave y relajante sobre gente normal y vidas normales. Después, la llevó a su casa en taxi —recordaba el ruido sibilante de las ruedas entre la fangosa nieve—, y pidió al taxista que esperara mientras él la acompañaba hasta la puerta de aquel edificio cutre sin ascensor en la avenida Lexington. No se abalanzó sobre ella, ni siquiera le preguntó si podía entrar, se limitó a asegurarse de que llevaba las llaves y le dio las buenas noches.

Tuvieron un cortejo lento, a la antigua, sobre todo para los estándares de Manhattan: flores, exposiciones, paseos por el parque y té con pastas en la cafetería Bendels. Michael la trataba casi como si fuera una inválida, y a ella le gustaba aquel exceso de atenciones. Después de quince años en Nueva York había aprendido a dominar el arte del distanciamiento; el distanciamiento de los locos y los borrachos, de lo pestilente y ruidoso, de la soledad que traía la madrugada y de los hombres que decían «te llamaré» y luego nunca lo hacían. Era agradable sentirse próxima a alguien. El apartamento de Michael en la parte alta del West Side era cálido y cómodo. Empezó a pasar cada vez más tiempo allí hasta que un día —era un poco vergonzoso admitir que no se acordaba de los detalles exactos— se convirtieron en amantes. Poco después, Michael la convenció de que se trasladara a su casa. Y aquello también le gustó. Los simples placeres domésticos de ir a la compra y cocinar, aquellos relajados momentos al final del día cuando los dos se contaban lo que les había ocurrido desde que se ha-

bían separado por la mañana, le hacían sentir que por fin había entablado una relación adulta, normal. Era un consuelo tener a alguien dispuesto a escuchar semejantes trivialidades de su cotidianidad, y le daba una sensación especial el que alguien se le confiara a ella, aun cuando no siempre resultara demasiado interesante. Michael era una persona paciente y amable, y a medida que fue pasando el tiempo llegó a recuperarse de su anterior relación, como siempre le ocurría. Discutían, por supuesto; una vez ella le acusó de preferir a aquella bruja siniestra con la que había ido a la galería; pero discutir era algo normal, ¿o no? En el presente eran ya como un matrimonio. Como un auténtico matrimonio sin duda, reparó, pues Michael llevaba hablándole de algo un buen rato y no le había escuchado ni una sola palabra.

—... Así que le dije: «Vale, muy bien, pues te cortamos el suministro», y con eso por fin se calló. —La miró con expresión triunfante.

Freya sintió ganas de despeinarle con una caricia. Era un hombre dulce y cabal. Seguro que sería un padre maravilloso. No es que ella quisiera niños de momento, claro, pero no estaba mal tener a mano esperma de buena calidad, por si acaso.

—Pero voy a dejar ya de hablar de mí. ¿Tú qué me cuentas? ¿Qué tal Lola?

—En Milán, gracias a Dios. Al menos con la diferencia horaria las llamadas disminuyen por la tarde.

Lola Preiss era la jefa de Freya, una mujer de inespecífico origen centroeuropeo y legendaria reputación, cuya galería en la calle 57 atraía a jugadores de apuestas de los de un millón o así para invertir en pesos pesados como Howard Hodgkin y Frank Stella. Hacía tres años que Freya había recibido la honrosa propuesta de abrir Lola Preiss Downtown,

una galería totalmente nueva en un precioso rincón del Soho, tras una obstinada y trabajosa carrera por la mitad de los museos y galerías de Nueva York, aprendiéndolo todo, desde las técnicas de enmarcado e impresión, pasando por iluminación, hasta publicidad y trámites aduaneros, al tiempo que iba desarrollando su propia «mirada». En el momento actual su tarea consistía en captar y adiestrar a artistas jóvenes que algún día pudieran engrasar la multimillonaria máquina de Lola. Freya adoraba su trabajo, y se habría aproximado bastante a su verdadero sueño de no ser por el monstruoso ego de Lola que la obligaba a replantearse hasta la más nimia decisión, la castigaba por sus errores y se jactaba públicamente de los éxitos de Freya como si fueran suyos. Por fortuna, la jefa rondaba ya los setenta y se pasaba cada vez más tiempo visitando a sus acaudalados clientes —todos denominados «carinio mío»— por los puestos de Norteamérica y las ciudades más adineradas de Europa. Pero su influencia no estaba nunca lo bastante lejos.

—Entonces, ¿ha sido una buena semana? —insistió Michael—. ¿Has vendido alguno de los grandes?

Freya lo miró con los ojos muy abiertos.

—Michael: el arte no se mide por metros cuadrados.

—Eso ya lo sé, me lo has dicho muchas veces. Sólo intentaba mostrar interés.

—Perdona. —Freya se mordió el labio.

El camarero trajo el vino y la comida. Mientras se comía la ensalada de trufas, ella le explicó la entrevista que había mantenido aquella misma tarde con un cliente que había mandado Lola, uno de sus «amigos de toda la vida», que había llegado con un hora de retraso y resultado ser una absoluta pérdida de tiempo. Lo único que había hecho es darle una pedante charla sobre el significado interno de cada lienzo, la

típica jerga gilipollesca de catálogo. Al final había tenido casi que echarle de la galería para poder arreglarse. Si no, habría llegado al restaurante hecha una andrajosa.

Se detuvo por si Michael quería comentar que en absoluto tenía ella pinta de andrajosa. Él no dijo nada.

—Son insoportables los tipos así, ¿no crees? —dijo con tono atropellado—. Con sus Rolex de oro y su ridículo acento extranjero, y esa mirada lasciva cuando te hablan del papel del arte en la ruptura de los tabúes sexuales...

—Pues en *Reinertson & Klang* no es que haya mucha lascivia, la verdad.

—Mejor, mucho mejor. No me gustaría que te acabaras liando con la señora Ingwerson.

—La señora Ingwerson tiene cincuenta y cinco años —el tono de Michael era frío—, y es la mejor secretaria que he tenido.

—¡Era una broma, Michael! —Freya hizo una ridícula floritura en el aire con el tenedor. Sin duda estaba un poco lento de reflejos aquella noche.

—Ah, perdona.

—Da igual —continuó ella con entusiasmo, intentando suavizar las cosas—. Tampoco nos vamos a pasar toda la noche hablando de trabajo, ¿no?

—No —contestó Michael sin titubear—. Toma un poco más de pan —dijo, al tiempo que le acercaba una cesta de rebanadas—. Nunca comes lo suficiente.

Para agradecerle, cogió una rebanada de pan y se la puso en el plato. Por detrás de Michael, vio de refilón a otra pareja, y los dos se inclinaban sonrientes el uno hacia el otro, con los rostros iluminados por el fulgor de las velas y las piernas entrelazadas por debajo de la mesa. ¿No se suponía que tenía que ser así? Sintió un temblor de malestar. ¿Por qué no adop-

taba Michael una actitud parecida? Empezaba a perder la paciencia.

El camarero les retiró los platos y les trajo los segundos, mientras Michael comenzaba a hablar, con cierta lentitud, sobre un artículo que había leído en el *Times* acerca de la polémica medida del alcalde respecto a la delincuencia juvenil. Ella asentía en los momentos oportunos mientras la mente le vagaba por sus propios vericuetos. El romanticismo no era todo, se decía a sí misma. «Seguramente el lunes mismo la pareja de al lado ya ni se tratarán como amigos, o quizás él le diga que la llamará, no lo haga y ella se pase un tiempo esperando pegada al teléfono hasta que se canse, salga a comprarse un vestido y vuelta a empezar». Se sabía muy bien aquel guión. Era infantil esperar el arretrato de la pasión. Las relaciones maduras se basaban en el compañerismo y el respeto mutuo, por no mencionar los ingresos y el tener un sitio agradable donde vivir. Había que ver las cosas con suficiente perspectiva.

Michael seguía divagando. Daba la impresión de que estaba haciendo tiempo, pero tiempo para qué. Freya le dio la vuelta al pescado bruscamente sobre el plato. Un hombre, concretamente aquel hombre, para el resto de su vida. «Hasta que la muerte los separara.» Era una idea aterradora. Se dijo a sí misma que tenía suerte de tener al menos la opción, en una ciudad en la que una mujer soltera tenía diez veces más posibilidades de recibir una llamada soez que una propuesta de matrimonio. Y la gente cambiaba al casarse, ¿no ocurría siempre eso?

Pero cuando por fin Michael se acabó el filete y dejó cuidadosamente sobre el plato el tenedor y el cuchillo, Freya sintió que el corazón se le empezaba a desbocar. Él tragó saliva. Ajá, ¿llegaba ya el momento? ¿Qué iba a responderle?

Michael volvió a tragar saliva.

—Freya, te he citado aquí esta noche por una razón especial. Tengo algo que decirte y algo que darte.

—¿De verdad? —soltó una risotada impropia.

—Por favor, ponte seria. Quiero que me escuches.

—Te escucho, te escucho. —Se revolvió en su interior como un pez acorralado en una red—. Pero ¿sabes qué?, que tengo más hambre. Increíble, ¿no? —farfulló—. Voy a pedir una de esas irresistibles tartas de chocolate.

—Muy bien —contestó Michael con amabilidad y llamó al camarero.

—¿Y tú? La tarta de frambuesas sonaba interesante o el sorbete. A mí siempre me parece que el sorbete es tan di...

—Yo no tengo ganas de comer, tengo ganas de hablar.

—Ah, vale, vale. —Freya cogió con fuerza la copa de vino y se bebió el contenido de un trago.

Michael se aflojó el nudo de la corbata.

—Estos últimos meses que hemos pasado juntos han sido una de las mejores épocas de mi vida —comenzó—. Tú me has abierto los ojos a muchísimas cosas que desconocía, al arte, a comidas exóticas y a partes de la ciudad que jamás había visto. Quiero que sepas que te considero una persona estupenda.

—Tú también eres estupendo —respondió Freya con tono jocoso.

Michael siguió como si no la hubiera oído. Freya se dio cuenta de que tenía el discurso ensayado.

—He estado pensado en el futuro. Tengo ahora treinta y seis años y sé lo que quiero. Estoy preparado para asentarme en la vida de aquí a dentro de poco. Si consigo que me hagan socio, tendré suficiente dinero para cambiarme de casa, por ejemplo a un chalé fuera de la ciudad, en Connecticut tal vez,

o en algún otro sitio en la parte norte del estado. Quién sabe, incluso puede que me empiece a dar por el golf.

—¿El golf? —gritó ella frenética, a punto de sufrir un ataque de pánico.

—Y quiero que alguien comparta su vida conmigo.

De pronto se vio a sí misma atrapada detrás de una valla blanca de madera con un delantal de volantes atado a la cintura.

—Un hogar, estabilidad, intereses comunes... —Michael subió el tono—. Y niños, algún día.

Detrás de la valla blanca aparecía ahora una horda de niños pequeños chillando, con las caras pegajosas y el equilibrio inestable por los pesados pañales. Llegó incluso a sentir cómo su reloj biológico se enloquecía con rapidez girando en sentido contrario al de las agujas. De repente, una mano le colocó delante el postre: una plasta marrón flotando en un lago de nata. Sintió una profunda arcada.

—Estas son las cosas que se me ocurren cuando pienso en el futuro, en lo que me gustaría compartir con otra persona. —La miró fijamente, casi con un exceso de intensidad.

Había que hacer algo rápido, encontrar la manera de interrumpirlo.

—¿Pedimos café? —soltó ella de repente—. Me está empezando a entrar sueño.

—Ahora, en cuanto acabe lo que quiero decirte. —Michael hizo un gesto de desesperación al verla emitir un amplio bostezo—. ¡Freya! Me lo estás poniendo muy difícil. Tengo una cosa que darte.

En ese momento empezó a tocarse los bolsillos. En pocos segundos iba a sacar un anillo.

—No es necesario, de verdad. No es mi cumpleaños.

—Por favor, deja de interrumpirme. Tengo que decirte algo que es importante.

—No hay por qué apresurarse. Dejémoslo para mañana.
—Freya no paraba de enrollarse el pelo alrededor del dedo y de sonreír nerviosa como la ardilla de unos dibujos animados.

—Es que..., verás..., creo que eres maravillosa —siguió Michael.

—Sí, yo también creo que soy maravillosa. Así que ¿por qué no nos va...? —Freya miró a su alrededor en busca de inspiración y fue a dar con la pareja de tortolitos. Se inclinó sobre la mesa apoyando los antebrazos de tal modo que se le acentuara al máximo el escote—. ¿Por qué no nos vamos a casa —dijo, bajando la voz— y hacemos el amor apasionadamente?

—No me estás entendiendo. —Michael ya había conseguido sacarse del bolsillo lo que buscaba y lo guardaba entre las manos cerradas, al tiempo que mantenía la mirada baja con solemnidad, como un niño a punto de enseñarle a alguien su mascota favorita: un delicioso sapito vivo.

Freya probó otra táctica.

—Es demasiado pronto. —Había algo en su voz que anunciaba una tragedia innombrada. Le apretó las manos—. Guárdalo, por favor.

En vez de guardárselo, Michael apretó el objeto contra los dedos de Freya, era una cajita cuadrada.

Ella dudó. Ahora iba a ver cuánto la valoraba. ¿Acaso llegaría a merecerse unos diamantes? ¿O sería el típico zafiro «a juego con el azul de sus ojos»?

Abrió la caja y dentro había un anillo de sello con las letras MJP grabadas, de Michael Josiah Petersen. Lo sabía porque era ella quien había comprado el anillo. A los hombres norteamericanos les suelen gustar esos detalles. Había sido un gesto de agradecimiento a Michael por darle cobijo en su casa.

—¡Vaya! —Estaba completamente perdida. En los institutos, norteamericanos, los chicos y las chicas de la misma clase se intercambiaban anillos, tal vez esto fuera lo mismo en versión de adultos—. No sé..., no sé qué decir. —Se quedó mirando el anillo mientras lo giraba entre los dedos, después miró a Michael en busca de alguna pista de por dónde seguir.

—Hemos pasado muy buenos momentos juntos —la voz de Michael estaba cargada de emoción.

—Sí, es verdad... —Freya bajó la cabeza.

—Deseo de verdad que seas muy feliz.

—Lo sé.

—Pero...

¿Pero? Freya levantó súbitamente la cabeza. Pero qué. Había perdido el hilo. ¿De qué iba todo aquello?

—Pero creo que será mejor si...

—¿Si qué?

—Bueno..., ya sabes...

—No, Michael. No lo sé.

—Si pudiéramos ser...

—¿Sí?

—Creo que sería mejor que fuéramos... sólo amigos.

—Amigos —repitió ella—. ¿Amigos? —volvió a repetir, elevando la voz.

Hubo entonces un leve sonido opaco: el anillo al caerse de los dedos inertes de Freya y hundirse en la masa de chocolate.